



Sobre la belleza

“El disfraz sirve al débil; solo se finge lo que se cree no tener”.
José Ingenieros – El hombre mediocre

Este breve escrito tratará de indagar e iluminar el tema de la belleza. Específicamente, intentará arrojar luz sobre una cuestión que muchas veces se nos presenta oscura o ambigua, producto de la naturaleza intangible del mismo objeto que nos ocupa. Esta “oscuridad” ha dado lugar a muchos males entendidos, algunos de los cuales han llegado hasta nosotros a través del canal “cultural” de nuestra sociedad. Una de las aberraciones más comunes que encontramos hoy en día es la de darle a la “belleza” una jerarquía ontológica que no posee, poniéndola jerárquicamente por sobre la misma substancia de la cual depende para existir. Distinguir adecuadamente los elementos y jerarquías asociados al tema es primordial para lograr un adecuado esclarecimiento.

La belleza, como puede advertirse intuitivamente, no es algo que exista en sí mismo, es decir, no es algo que existe independientemente de otra cosa sino, más bien, es una propiedad o “accidente” de otra cosa y **depende** de ella para su existencia. De la misma manera que el “rojo” o el “verde” de la manzana no podrían existir sin la manzana, la belleza de algo no podrá existir sin ese algo. Nadie encontrará nunca una “belleza” que no sea de un objeto, como tampoco encontrará el “verde” sin el objeto que propiamente lo sea.

Ahora bien, si tratamos de enumerar jerarquías de seres existentes, encontramos que aquellos que son por sí (que no dependen de otro para existir) poseen una jerarquía superior que aquellos que necesitan de otro para existir, como claramente se advierte. Es decir, que la belleza al depender de otro para existir posee **un ser secundario y subordinado** al ser substancial de aquello que propiamente se dice bello. Como todo lo accidental o secundario, la belleza viene y va, pasa y vuelve a pasar, cosa que no sucede con el ser substancial. La manzana, como decíamos antes, puede ser en principio verde y luego roja, pero no por eso deja de ser manzana. Siempre hay algo “que permanece” mientras los accidentes cambian. Aquello que permanece es el “ser substancial” y lo que cambia los “accidentes” o “propiedades”.

Hemos ya avanzado una distancia considerable con estas breves palabras pues ya conocemos la jerarquía ontológica de la belleza y la podemos ordenarla adecuadamente colocándola en su lugar. La belleza, entonces, es algo tenido por un objeto o persona y está subordinada a ese objeto o persona pues su existencia depende de él.



Pero, en definitiva, ¿qué es la belleza? Es una propiedad de algo y toda propiedad de algo está completamente subordinada a ese algo. Como no puede haber belleza en una manzana de perfecto color rojo que no se haya desarrollado adecuadamente como manzana, tampoco habrá real belleza en cualquier objeto o persona que no se encuentre desarrollado plenamente como tal, es decir, que no haya traído al mundo plenamente la esencia que duerme en su interior.

Esto significa que **no hay belleza sin desarrollo pleno del ser interior**. ¿Qué roble podrá tener bellas hojas verdes si crece raquítico y frágil, si aún no ha traído al mundo al frondoso y fuerte árbol que duerme en su interior y se agita por salir? ¿Qué ser humano podrá decirse bello si no ha comprometido su tarea diaria, su segundo a segundo, con traer al mundo al pequeño dios que duerme en su interior y que, como el roble, se agita por salir?.

“Suponen que de tanto oropel se adherirá alguna partícula a su sombra”.
José Ingenieros

Por esto le pregunto: ¿Deseas ser bello? Si la respuesta es afirmativa, el único camino que posees es la evolución conciente de tu ser comprometiéndote activamente en ello segundo a segundo.

Y tu preguntas: ¿Y si no deseo hacerlo o me hago el distraído? Entonces caerás en lo que magistralmente ha ilustrado nuestro José Ingenieros: en la **hipocresía y la ficción**. Pues como solo se finge lo que creemos no tener y, bien sabemos que no somos bellos pues la única belleza auténtica es interior, tendremos que fingirlo procurándonos diversos métodos que hoy están de moda: ropajes, cirugías, peinados, perfumes, autos, casas, etc, etc.

Todas cosas que nos oculten tras una fachada de cartón, escondiendo nuestra debilidad. Y la sentencia del filósofo es firme: nada de ese oropel adherirá nada a tu sombra. Si crees que eres una sombra, lo seguirás siendo independientemente de cómo te disfraces, de que artilugios utilices para esconderte.

Por esto vuelvo a preguntarte: ¿Deseas ser bello? Yo te digo: “Ya lo eres”. Solamente debes ser tú mismo en tu máxima expresión trayendo al mundo de manera conciente aquello que duerme en tu interior.

No quiero concluir este artículo sin mencionar el tema de lo que llamo “belleza secundaria u operativa” que consiste solamente en una “adecuada y agradable disposición de la forma”.



Cuando decimos que un rostro o un cuerpo es bello, nos estamos refiriendo solamente a la adecuada conformación y disposición de partes físicas superficiales de un ser que agradan a la vista. Esta apreciación es, como toda visión fraccionada de algo que no lo considera en su conjunto, limitada y parcial. La belleza es de “todo el ser” o “del ser esencial” o no es belleza en absoluto, salvo operativamente.

Visionarios (Sobre un texto de José Ingenieros)

“Cuando pones la proa visionaria hacia una estrella y tiendes el ala hacia tal excelsitud inasible, afanoso de perfección y rebelde a la mediocridad, llevas en ti el resorte misterioso de una VISION.

Ella es como una luz sagrada, capaz de templarte para grandes acciones. Si ella muere en ti quedas inerte: fría bazofia humana. Sólo vives por esa partícula de ensueño que te sobrepone al mundo cotidiano.

Ella es el mango de tu espada, el penacho de tu temperamento. Innumerables signos la revelan: cuando se te anuda la garganta al recordar la cicuta impuesta a Sócrates, la cruz izada para Cristo y la hoguera encendida a Giordano Bruno; -cuando te abstraes en lo infinito leyendo algún diálogo de Platón o un ensayo de Montaigne; -cuando el corazón se te estremece pensando en la desigual fortuna de esas pasiones en que fuiste, alternativamente, el Romeo de tal Julieta y el Abelardo de tal Eloisa; -cuando tus sienes se hielan de emoción al declamar una estrofa de Rilke que rima acorde a tu sentir; -y cuando, en suma, admiras la mente preclara de los genios, la sublime virtud de los santos, la magna gesta de los héroes, inclinándote con igual veneración ante los creadores de la Verdad y de la Belleza.

Todos no se extasían, como tú, frente al crepúsculo, no sueñan frente a una aurora o cimbran en una tempestad; ni gustan de pasear con Dante, reír con Moliere, temblar con Shakespeare, crujir con Wagner; ni enmudecer ante el David, la Cena o el Partenón.

Es de pocos esa inquietud de perseguir ávidamente alguna quimera, venerando a filósofos, artistas y pensadores que fundieron en síntesis supremas sus visiones del ser y de la eternidad, volando más allá del mundo cotidiano.

Los seres de tu estirpe, cuya imaginación se puebla de horizontes y cuyos sentimientos polarizan hacia ellos a la humanidad entera, forman raza aparte en la humanidad: son VISIONARIOS.”

Hugo Landolfi
Filósofo



Director de la Escuela de Filosofía Aplicada
para la Excelencia del ser Humano

Este artículo puede difundirse libremente citando al autor "Hugo Landolfi" y a la fuente www.sabiduria.com